—Quizás pensaría que podrían incomodarle...

—Es necesario que queden de nuevo instalados lo más pronto posible.

En un principio creyó que aquel salón de noticias y aquel inmenso comedor eran los únicos de la ciudad, pero después pudo ver que los había en gran número en cada distrito.

Repartidas también por todas partes se encontraban casas de maternidad artificial como aquella en que entraban entonces, y á la cual llegaron por un ascensor y un puente de cristal que cruzaba el comedor y atravesaba las vías en ángulo ligeramente elevado. Para entrar en la primera seción necesitó presentar un cheque con su firma, é inmediatamente fueron atendidos por un hombre que vestía manto de púrpura con broche de oro, insignia de los médicos cuando estaban en funciones de servicio. Por el movimiento de espectación que motivó su presencia y las miradas de curiosidad de que fué objeto, comprendió que había sido reconocido, por cuyo motivo entró de lleno en el asunto y no omitió pregunta alguna de las que podían interesarle.

A ambos lados de largos corredores, silenciosos y acolchados, como para acallar el ruido de los pasos, veíanse estrechas puertecillas, cuya forma y disposición recordaban las de las antiguas prisiones. La parte superior de las puertas era de aquella substancia verdosa y transparente de la urna en que él mismo tanto tiempo había permanecido encerrado; detrás de cada puerta, en un pequeño recinto, yacía un tierno niño, acostado como en un nido de encajes. Aparatos muy delicados indicaban las variaciones atmosféricas, avisando por medio de timbres á la Oficina central la más ligera desviación del límite de temperatura y humedad.

Semejante sistema había casi acabado por completo con las nodrizas, que tantos peligros é inseguridades ofrecían. El encargado del servicio llamó su atención sobre las «amas de leche,» que formaban largas filas y que consistían en figuras mecánicas con brazos articulados, hombros y pecho de un modelado perfecto, pero que por debajo eran simples trípodes de bronce y que en lugar de

facciones tenían discos con anuncios que podían interesar á las madres.

De todas las cosas extrañas que Graham había visto aquella noche, ninguna le pareció tan repugnante como aquella, tan contraria á sus más íntimos sentimientos; el espectáculo de las sonrosadas criaturitas, cuyos débiles miembros vagaban inciertos en la realización de los primeros movimientos, abandonados á los cuidados de aquellos insensibles artefactos, sin el cariño y protección de sus madres, le produjo una invencible antipatía. El médico que hacía la guardia era de otra opinión; su estadística ponía fuera de dudas que en los tiempos victorianos el paso más peligroso de la vida era el que se daba en los brazos de las madres, y que en la más tierna infancia la mortalidad había llegado siempre á una cifra aterradora; en cambio, con aquel sistema no se perdía ni el medio por ciento del millón de niños que á la Compañía estaban confiados. No obstante, la prevención de Graham era demasiado fuerte para ceder ante consideraciones de tanta importancia.

Yendo por uno de aquellos pasadizos, sorprendió á una joven pareja vestida de la ordinaria tela azul, que miraba al interior de uno de los nichos sonriendo ante el inocente sueño de su primogénito. Graham les dirigió una mirada llena de tan duros reproches, que los jóvenes huyeron avergonzados. Aquel incidente le puso aún más de manifiesto el abismo que mediaba entre los hábitos de la nueva edad y los que reinaban en los tiempos victorianos.

En el cuarto de los «primeros pasos» y en el «kindergasten» quedó perplejo y abatido. El oficialillo le hizo observar la variedad de juguetes que servían para el entretenimiento de los niños, y que se fundaban en las doctrinas de aquel inspirado sentimentalista llamado Froebel. Había también algunas nodrizas, pero dominaban las máquinas que cantaban, mecían y acariciaban.

—¡Pero cuánto huérfano!—dijo Graham con un suspiro ante la penosa idea que de él se apoderaba en presencia de aquellos niños, que le parecían todos abandonados.

Entonces supo que no eran huérfanos; que aquellos niños tenían sus madres, las cuales, mientras se entregaban á sus ocupaciones ordinarias, dejaban encomendados sus pequeñuelos á los cuidados de aquella institución, que los atendía con esmero; pero no obstante, al salir de allí todavía hablaba con horror del efecto que le habían causado los niños en sus incubadoras.

—Indudablemente se ha perdido la maternidad. ¿Es que antes era una simple zalamería? ¡Ah!, no, era un instinto, un bello sentimiento. Esto, en cambio, me parece antinatural, aborrecible...

—Por aquí vamos al salón de baile—dijo Asano por toda respuesta.—Seguramente estará lleno á pesar de la intranquilidad política, porque las mujeres, con raras excepciones, no se interesan en la política. Ya verá usted á las madres; la mayoría de las jóvenes de Londres son madres; en esa clase está muy bien visto tener un hijo. Pocas tienen más de uno, pero en la Compañía del Trabajo es distinto. Y no crea usted que el sentimiento de la maternidad ha muerto, pues fundan su mayor orgullo en sus hijos y con mucha frecuencia vienen á verlos.

—¿Cree usted que la población del mundo va disminuyendo?

—Indudablemente, excepto entre los súbditos de la Compañía del Trabajo.

A medida que avanzaban, llegaba hasta ellos, cada vez más juguetona, una música alegre y bulliciosa, al compás de la cual bailaban infinidad de parejas. La alegre muchedumbre lanzaba incesantes carcajadas y gritos de júbilo; el espectáculo que presentaba el salón era bien distinto del que ofrecía el salón de noticias que acababa de visitar. Aquí había risas alegres, rostros animados, cabezas engalanadas con vistosos rizos, frentes radiantes de gozo y un ambiente perfumado y lleno de armonías, donde un público feliz disfrutaba á sus anchas de la más gratas expansiones.

—Ya verá usted—dijo Asano— cuánto ha cambiado el mundo. Venga por aquí y le enseñaré las madres de nuestro tiempo.

Un ascensor les llevó á una elevada galería desde la

cual se dominaba todo el salón. Pagaron su cuota de entrada en una taquilla y pudieron contemplar, para encanto de sus ojos y de sus oídos, la brillante esplendidez de aquella deliciosa confusión, en la cual innumerables y lindas muchachas danzaban al compás de una música voluptuosa y picaresca.

—Aquí tiene usted—dijo Asano—á los padres de los pequeños que antes ha visto.

El salón no estaba decorado con tanta riqueza como el del Atlas; pero por su extensión, después de éste era el más espléndido de cuantos habían visto: sus hermosas columnas, al parecer de clara amatista, le daban un aspecto de suntuosidad; las bellísimas cariátides de mármol blanco que sostenían las galerías eran nuevo testimonio de la restauración de la magnificencia escultórica; parecían sonreir á los bailarines mostrándoles sus actitudes insinuantes, como si ellas mismas tomaran parte en la fiesta. Lo que no pudo saber Graham es de donde provenía aquella música; se trataba indudablemente de algún mecanismo que por sí sólo suplía con ventaja á la antigua orquesta.

—Mírelas usted—decía el oficialillo—y vea cuánta maternidad respiran sus rostros.

La galería en que habían colocado su observatorio, corría á lo largo del borde superior de un enorme tabique que separaba el salón de baile de otra sala exterior, que al través de espaciosos arcos descubría el continuo movimiento de las vías de la ciudad. En aquella sala se agrupaba una gran multitud de gente vestida con menos brillantez, la mayoría con el uniforme azul de la Compañía del trabajo, y casi tan numerosa como la que bailaba dentro; demasiado pobres para poder asistir á la fiesta, eran, sin embargo, incapaces de alejarse de sus seducciones. Habían despejado algunos espacios, y en ellos bailaban también, haciendo flotar al aire sus miserables harapos. No pocos, al bailar, decían á gritos chistes obscenos y extravagantes alusiones que Graham no podía entender. Uno se puso á silbar el estribillo del canto revolucionario, pero se detuvo antes de terminarlo. La oscuridad que

allí reinaba no permitía ver otros detalles, y Graham volvió á mirar al salón.

Encima de las cariátides había multitud de bustos de mármol que representaban algunos hombres á quienes aquella edad estimaba como grandes emancipadores y precursores del desenvolvimiento de la humanidad; la mayoría de ellos eran extraños para Graham, si bien reconoció á Grant, Alleu, Le Gallienne, Nietzsche, Shelley y Goodwin. Festones negros ostentaban inscripciones que en parte ocultaban los detalles de la ornamentación general, en los cuales se advertía que se estaba celebrando la *fiesta del despertar*.

—Muchos millares de personas están hoy de fiesta y han abandonado sus ocupaciones entregándose á los placeres sin acordarse para nada de los obreros que se niegan á volver al trabajo y se entregan á fomentar los desórdenes — dijo Asano. — Son gente que siempre está dispuesta para no trabajar.

La galería en que ellos permanecían estaba casi desocupada, exceptuando dos ó tres parejas que se habían retirado allí para poder hablar á sus anchas. Graham se inclinó sobre el parapeto y miró á los bailarines. De abajo llegaba hasta él un cálido aliento de perfumes y vitalidad. Los hombres iban con el cabello arreglado á la moda femenina, la barba rapada y hasta muchos con la cara pintada. De las mujeres, la mayoría eran muy lindas y todas vestían con artística coquetería. Aquella gente se divertía de verdad, y Graham pudo observarlo por la expresión de sus rostros.

—¿Qué clase de gente es esa?

—Son trabajadores de posición desahogada, lo que antes se llamaba la clase media. Los negociantes en pequeña escala, que trabajan por cuenta propia y gozaban, por lo tanto, de cierta independencia, han desaparecido, pero no obstante, aún quedan maquinistas, capataces y encargados. Esta noche la fiesta es general y seguramente no habrá ningún salón de baile ni teatro que no esté lleno.

—Pero, ¿las mujeres deben estar muy desocupadas? Como sus únicos deberes, los de la maternidad, ya no existen para ellas.

—Trabajan lo mismo que los hombres. En los antiguos tiempos ya empezó á iniciarse la obrera independiente, pero hoy ya lo son todas. Además, las nuevas formas de casamiento les proporcionan más dinero y facilidad para divertirse.

—Ya lo veo—dijo Graham con la vista fija en el radiante torbellino, mientras pensaba en el desamparo de todo afecto en que yacían aquellas pobres criaturitas, que empezaban á constituir para él una verdadera obsesión.—¿Y son madres esas mujeres?

La mayoría de ellas sí.

—Cuando más veo, más complejos me parecen vuestros problemas. Esto, por ejemplo, es una sorpresa, la noticia de París, otra sorpresa.

Permaneció un momento en silencio y después continuó:

—¡Estas son las madres de la nueva edad! Ahora creo que voy penetrándome mejor de cuál es la manera moderna de ver las cosas; pero yo estoy muy apegado á mis viejos hábitos, fundados en necesidades que supongo habrán desaparecido. En mis tiempos, una mujer no se contentaba con tener hijos; necesitaba amarlos, dedicarse toda entera á su cuidado, educarlos y guiarlos en el camino de la vida; la esencia de la educación moral é intelectual la recibían los hijos de sus madres; no les bastaba darles la sangre de sus venas; á esto añadían los afectos de su alma. Cuando no recibían la educación de sus madres, se quedaban sin ella, y muchas, lo confieso, no llegaban á recibirla. Hoy, indudablemente, no tienen más necesidad de esos cuidados, que si fuesen mariposas.

—Los ideales humanos—dijo Asano— cambian conforme cambian las necesidades.

Graham estaba absorto en sus meditaciones y no oyó esta respuesta, abismado como estaba, quizás, en el recuerdo de su infancia, que se había deslizado dichosa y sosegada en el regazo de su madre, á cuya memoria consagró una lágrima de ternura.

—¡Ah!—dijo suspirando.—Veo la perfecta relación de todo esto. Continencia, sobriedad, sacrificio... son necesidades solamente del estado bárbaro, de la vida primi-

tiva. La virtud sólo es el tributo que el hombre rinde á la naturaleza no conquistada; pero cuando el hombre la ha conquistado ya para los fines prácticos de la vida... ¡Ah! Entonces la vida es alegre y dichosa; entonces triunfa el egoísmo y no hace falta la virtud en la vida pública ni en la privada; las madres abandonan á sus hijos; los asuntos políticos están manejados por Bosses con policía negra...

Lanzó sobre los danzantes una mirada indefinida.

—La vida es alegre—repitió—cuando todos los sentimientos humanos se sacrifican al goce.

—No crea usted—dijo el oficial.—También ahora hay momentos de sufrimiento y de hastío.

—Todos parecen jóvenes. Entre ellos soy yo visiblemente el más viejo. Y en mi tiempo pasaba yo por hombre de media edad.

—Son jóvenes, en efecto. Se ven pocos viejos en esta clase, sobre todo en las ciudades industriales.

—¿Cómo es eso?

—La vida de los viejos no es tan agradable como solía, á menos que sean ricos y se procuren amantes y amigos. Y tenemos una institución llamada Euthanasia.

—¡Ah... esa Euthanasia!—dijo Graham.—¿La muerte cómoda?

—La muerte cómoda. Es el último placer. La Compañía de la Euthanasia hace las cosas bien. La gente paga la cuota... bastante cara... por adelantado y durante muchos años. Legado su día, se le conduce á una ciudad de placer y regresa de allí empobrecido y debilitado, muy debilitado.

—Queda aquí mucho por comprender—dijo Graham después de una pausa.—Sin embargo, veo la lógica de todo eso. Nuestro cúmulo de acres virtudes y acerbas restricciones era la consecuencia del peligro y la inseguridad. Los estoicos, los puritanos, aun en mi tiempo, eran tipos que se desvanecían. En los antiguos tiempos el hombre se preparaba contra el dolor, ahora ansía el placer. En esto estriba la diferencia. La civilización ha combatido al dolor y al peligro en sus últimas trincheras... para la clase acomodada. Y tan sólo la clase acomodada es la que importa ahora. Yo he estado durmiendo doscientos años.

Durante unos momentos estuvieron apoyados en la balaustrada siguiendo las intrincadas evoluciones del baile. La escena era realmente hermosa.

—Ante Dios—dijo Graham de pronto—preferiría ser un herido centinela tiritando sobre la nieve que uno de esos pintados mequetrefes.

—En la nieve—dijo Asano—quizás pensaría usted diferentemente.

—Soy incivilizado—continuó Graham sin hacerle caso. —Esta es la turbación. Soy primitivo... paleolítico. Su fuente de rabia y temor y cólera está cerrada y sellada, y los hábitos de una vida les hacen felices y desembarazados. Siga usted con paciencia mis disgustos é impresiones. Esta gente, me dice usted está compuesta de hábiles obreros y otros semejantes. Y mientras ellos bailan, otros hombres luchan...en París mueren los hombres ahora por la conservación del mundo... para que ellos puedan bailar...

Asano sonrió imperceptiblemente.

—También mueren hombres en Londres—dijo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Dónde duermen?—preguntó Graham.

—Arriba y abajo... en intrincados laberintos.

—¿Y dónde trabajan? Es decir... los quehaceres domésticos.

—Poca labor verá usted esta noche. La mitad de los obreros están fuera ó sobre las armas. Es día de asueto. Pero iremos á los barrios trabajadores, si usted quiere.

Durante un buen rato estuvo Graham contemplando el baile, y después se volvió de pronto.

—Quiero ver los obreros. Ya estoy cansado de esto,—dijo

Asano tomó el camino á lo largo de la galería á través de la sala de baile. Pronto llegaron á un pasaje transversal donde se respiraba un aire más fresco y puro.

Asano echó una mirada á aquel pasaje cuando hubieron pasado, se detuvo, se dirigió de nuevo á él y volvióse á Graham con una sonrisa.

—Aquí, señor—dijo—hay algo... algo que le sería familiar... y sin embargo... Pero no quiero decírselo á usted. ¡Vamos!

Se encaminaron á lo largo de un pasaje cercano donde pronto se notó bastante frío. La reverberación de sus pies indicaba que aquel pasaje era un puente. Llegaron á una galería circular, cubierta, y luego á un aposento, también circular, que le pareció familiar, si bien Graham no recordaba distintamente en qué ocasión había estado allí otra vez. Había allí una escala—la primera escala que había visto después de su despertar—por la cual subieron, llegando á un elevado, negro y frío paraje en el cual se veía otra escala casi vertical. Ascendieron por ella asimismo, y Graham continuaba aún perplejo.

Pero en lo alto comprendió y reconoció las barras metálicas sobre que se apoyaba. Estaba en la linterna, debajo de la bola de San Pablo. La cúpula sobresalía un poco sobre el contorno general de la ciudad aun envuelta por el crepúsculo, y se hundía en la oscuridad, distinguiéndose alguna que otra muy á lo lejos.

Miró entre las barras hacia el norte y divisó las constelaciones eternas é inmutables. Capella se cernía al oeste, Vega estaba alzándose y las siete centelleantes estrellas de la Osa mayor giraban en su majestuoso círculo sobre el polo.

Vió estas estrellas en un claro fragmento de la bóveda celeste. Por el este y el sur las grandes formas circulares de los molinos de viento ocultaban el cielo. En el sudoeste brillaba Orión, extendiéndose como un pálido fantasma á través de la red de metal elaborado. El estridente mugido de una sirena en las estaciones volantes, anunciaba al mundo que un aeroplano iba á ponerse en marcha. Permaneció un rato mirando en aquella dirección. Después sus ojos volvieron de nuevo á las constelaciones septentrionales.

Durante un buen intervalo permaneció silencioso.

—Esto—dijo por último sonriendo en la sombra—paréceme la cosa más extraña de todas. ¡Estar en la cúpula de San Pablo y contemplar de nuevo estos astros silenciosos y familiares!

De allí fué conducido por Asano á través de tortuosos caminos en dirección á los barrios burocráticos donde se hacían y deshacían las fortunas de la ciudad. Graham entrevió una interminable serie de inmensas salas, rodeadas de galerías, que se sucedían de trecho en trecho hasta imponente elevación, en las cuales se abrían millares de despachos, y cruzada de una verdadera red de puentes, pasarelas, rieles para motores aéreos y trapecios y cables de descenso. Y allí, más que en ninguna otra parte, resaltaba la nota de vehemente vitalidad, de irresistible y apasionada actividad. Por todas partes se veían violentos anuncios, hasta que su cerebro se aturdió ante aquel escándalo de luz y de color. Y máquinas parlantes de un tono particular, rancio y gangoso, abundaban llenando el aire con exagerados llamamientos y avisos.

El lugar parecióle densamente repleto de gentes que ó bien se agitaban como energúmenos, ó estudiaban silenciosamente las operaciones; sin embargo, supo que las salas estaban comparativamente desiertas y que la gran convulsión política de los últimos días había disminuído los negocios en una medida sin precedentes. En un gran local se veían largas filas de mesas de ruleta, rodeadas todas de una excitada turba; en otro, una babel de mujeres pintadas de blanco y de hombres dados de bermellón, compraban y vendían acciones de un negocio puramente ficticio, en el que cada cinco minutos se repartía un dividendo de un diez por ciento y se amortizaban cierto número de acciones designadas por la suerte

Y estas operaciones se llevaban á cabo con una energía que pasaba fácilmente á la violencia, y, habiéndose Graham aproximado á un corro, vió en el centro á dos elevados negociantes sosteniendo violenta controversia con dientes y uñas á propósito de cierto delicado punto de etiqueta industrial. Aun quedaba en la vida algún ideal por quien romper lanzas. Más allá le chocó grandemente un vehemente anuncio frenético escrito con letras de fuego escarlata de cuatro yardas de altura. NOSOTROS ASEGURAMOS AL PROPIETARIO. — NOSOTROS ASEGURAMOS AL PROPIETARIO.

—¿Quién ès el propietario?—preguntó Graham.

—Usted.

—¿Pero qué me aseguran? ¿Y por qué me aseguran?

—¿No tenían ustedes el seguro?

Graham pensó.

—¿El seguro?

—Sí... el seguro. Recuerdo que esto es cosa de su tiempo. Aquí se asegura su vida de usted. Docenadas de personas contratan pólizas, miriadas de leones se imponen por su vida. Y más allá otros especuladores compran anualidades. Aquí se trafica con la vida de todas las personas eminentes. ¡Fíjese usted en aquellos!

Una multitud de gente se agrupó arremolinándose, y Graham vió un gran transparente iluminado en el cual campeaban grandes letras de púrpura incandescente. «Anualidades sobre el propietario — x 5 p. 2. G.» La gente comenzó á gritar y á hacer ¡aaah!; un número de hombres, jadeantes, de violenta expresión, pasaron corriendo, elevando sobre sus cabezas los puños cerrados. Oyóse crugir una puerta.

Asano hizo un breve cálculo.

—Setenta por ciento anual es su anualidad sobre usted. No pagarían tanto si le viesen á usted ahora, señor. Pero no le conocen. Sus anualidades de usted son una segura colocación, pero ahora usted es la cuestión de azar. Este es probablemente un desesperado albur. Dudo mucho que el pueblo vuelva á verse con su dinero.

El grupo de presuntos anualistas se hizo tan nutrido, que durante un buen rato Graham y su acompañante no pudieron avanzar ni retroceder. Graham notó que abundaban las mujeres entre los especuladores, y se le hizo presente de nuevo la económica independencia del bello sexo. Parecían perfectamente capaces de tener cuidado de sí mismas entre aquella barahunda, usando de sus codos con particular habilidad, como lo aprendió Graham á su costa. Una de rizado cabello quedó detenida unos momentos entre el corro, la miró fijamente, y después, acercándose á él deliberadamente, le tocó con el codo de un modo que no podía ser casual, demostrando bien claro que había encontrado favor en sus ojos. Y después un enjuto individuo de luenga barba gris, sudando copiosamente en

una noble pasión de propia ayuda, ciego á todo lo que le rodeaba, salvo el transparente rótulo, pasó entre ellos como una avalancha, atraído por el tentador «x p. 2. G.»

—Deseo salir de aquí—dijo Graham á Asano.—No es esto lo que quiero ver. Lléveme usted entre los obreros. Quiero ver al pueblo de traje azul.. Estos parasitarios lunáticos...

Encontróse envuelto en un grupo de gente que luchaba para llegar antes y la frase quedó sin terminar.

CAPITULO XXI

EL REVERSO

Del barrio mercantil, Graham y su acompañante, aprovechando las vías movibles, se encaminaron á un barrio remoto de la ciudad, donde se fabricaban las manufacturas groseras. En su dirección, la vía movible cruzó dos veces el Támesis, y pasó, en ancho viaducto, á través de uno de los grandes caminos que entraban en la ciudad por el norte. En las dos veces la impresión fué viva y en ambas rápida. El río era un ancho espacio de negra agua del mar, limitado por edificios, y desvaneciéndose por ambos extremos en una oscuridad constelada de luces. Un número de negras barcazas descendía hacia el mar, tripuladas por hombres de vestido azul. El camino era un largo, ancho y elevado túnel, á lo largo del cual se deslizaban máquinas de altas ruedas rápida y silenciosamente. Allí también abundaba el color azul de la Compañía del Trabajo. La lisura de los dos trayectos opuestos, las grandes dimensiones y ligereza de las ruedas neumáticas en comparación con el cuerpo del vehículo, impresionaron á Graham vivamente. Un alto y descansado carruje con varillas longitudinales de metal, de las cuales colgaban los cuerpos de centenares de